

En ESCRITURA, Nº 8, Montevideo, diciembre de 1949, pp. 136-137.

THE SCHOOL FOR SCANDAL – (“La escuela del escándalo”)

Quizá sea en los numerosos epistolarios y memorias y en la comedia de costumbres que se refugie hoy mejor ese tenaz, indestructible encanto del siglo XVIII. Pedagógico, esperanzado, pulcro, medidamente sonriente, se vierte en ellas de modo incomparablemente más vivo que en la didáctica intransitable o en la épica polvorienta. Algo así como una tenue calidad mozartiana envuelve – por sobre las diferencias de calidades, temas y blancos – el mundo dramático de Moratín, de Beaumarchais, de Goldoni, de Sheridan. La magnífica edición de *The School for Scandal* realizada por *The Folio Society* de Londres, con excelentes diseños de Cecil Beaton y un prólogo de Laurence Olivier, renueva el perenne goce de obra tan limitada, tan diestra, tan inefablemente teatral. La condenación, no demasiado trascendente, de la murmuración y la hipocresía, el sostenido elogio de una manera de ser franca, le permitió a Richard Brinsley Sheridan construir en 1777 una obra que no habrá abonado revoluciones y que no tenía otro fin que el de divertir, pero que no puede separarse – en puridad – de esa secular reacción anglosajona contra el ceño puritano y la hipocresía institucionalizada de la virtud. No es fácil lograr en las tablas ese equilibrio de artificio, juiciosa risa y contenido sentimiento, ni recrearse ese clima al mismo tiempo viril y refinado.

La versión que comentamos sigue la pauta de la representación realizada en Londres durante el año pasado y que encabezaron Sir Laurence Olivier y Vivian Leigh en los papeles de Sir Peter Teazle y Lady Teazle, el desigual y tormentoso matrimonio al cabo reunido en el final feliz y expiatorio.

La introducción de Laurence Olivier, a la vez que muestra un cumplido escritor, es el fiel testimonio del rigor, la fineza y la cultura con que ese hombre de teatro y cine completo: actor, director y productor, se enfrenta a sus problemas. Olivier declara “[su] propia y personal predilección por este período [de Sheridan] con cuyo estilo, atmósfera y cultura teatrales” se siente “más confortablemente instalado que en cualquier otro”. Y dice enseguida: “Y en la décima octava centuria me veo impulsado – más impulsivamente que a la de ningún otro autor – a una comprensión del espíritu de Sheridan (con la posible excepción de Haendel en música)”.

Para los hispanoparlantes el azar de la falta de traducción duplica con el atractivo de la novedad una frescura que está lejos de marchitarse.

C. R. de A.